

# EL ANDADOR

Le dicen que sí, que por supuesto, que hace días que se encuentra bien y que lo peor de todo ya ha pasado, que el mundo está para ser vivido y que las oportunidades: "no hay que dejarlas pasar y más en su caso." Se ríen. "La vida es un corto paseo y usted bien que lo sabe; aquí lo saben todos, lo sabemos todos." "Es un buen momento", piensa. "El cielo es azul y el sol luce claro y despejado, da calor." "¡Anímese hombre!, échese a la calle a caminar y vuelva en media hora", comentan alegres en el vestíbulo de la residencia de ancianos. "No se preocupe, le estaremos vigilando".

Camilo sonríe, siente cómo el punto extra de fortaleza llega, cómo transforma (al igual que años atrás) sus músculos en una poderosa arma para conseguir increíbles retos, demostrando una vez más y a las claras que el límite físico no es más que un estado mental que socava ilusiones aparentemente inalcanzables, no es más que un estúpido y reaccionario sentimiento que frena el logro de los sueños de grandeza. Sueños utópicos sí, y sin embargo, evidentes como cuando pudo decir: "¡Al fin!" y palpar con la yema del dedo corazón el pico más alto de la montaña más alta de la Tierra. Él, que agradecía tanto a la vida (como tantos otros, como todos), se lanzó de nuevo a otra aventura.

Al igual que una cerilla que acaba de prenderse, Camilo se activa en una explosión de energía ya olvidada por el envoltorio reseco, gastado y corrompido que ahora es su cuerpo. Se pone en marcha y toma el único camino posible: "¡Adelante! ¡Ni un paso atrás!" Como en los días del pasado. "¡Acción!". Un lento tap, tap, tap, resuena en su cabeza a medida que avanza con paso firme y seguro hasta el siguiente punto. "La vida son deseos y ambiciones. Un solo objetivo: avanzar".

Diez minutos emplea Camilo en recorrer veinticinco metros. Desde la salida del edificio hasta el semáforo. Diez minutos balanceando la vista entre el suelo y el frente en un traslado rítmico y costoso de su cuerpo. Un único deseo: llegar hasta el final para sentir el objetivo cumplido. "Hoy, un paseo; mañana, cinco minutos más y al día siguiente, aún más lejos. Es el único modo de crecer, de mejorar y sentirse vivo. Propósitos y deseos. Seguir y no evadir. *It's better to burn out, than to fade away*". \*

Recién llegado al semáforo siente que le falta resuello, necesita respirar con urgencia. Las bocanadas al aire son golpes de cabeza en busca de aliento, como un pez removiendo cabeza y cola

\* (Mejor quemarse que desvanecerse)

en busca de agua. De pronto, un pitido urgente atraviesa la garganta, un silbido de cafetera,... pero el impetuoso bombeo de los pulmones vuelve a estimular la entrada de oxígeno y desactiva el ahogo. "No es el momento; no es el día; no ha llegado mi hora". Agarra fuerte los mangos de plástico del andador. "Mantener el equilibrio, no montar un feo espectáculo a las puertas de la residencia. No hacer el ridículo. Respirar y esperar. Cruzar la calle. Muñeco en rojo, en verde, en rojo de nuevo,... y ahora en verde. Es la mía. ¡Adelante!".

Las manos son un puro temblequeo. Las gomas de los puntos de apoyo delantero del andador apenas se levantan del suelo y casi impiden a los ruedines traseros girar. El artilugio metálico se arrastra. Da el primer paso, el pie metido en una zapatilla de felpa. "¿De verdad? ¿Zapatillas de felpa? ¿Cómo me han dejado salir así?". Culebrean a cámara lenta las zapatillas por el asfalto y observa cómo se transforman en botas de campo. Ahora es un atardecer gélido, hay una lluvia rigurosa. Con la mochila a cuestas, Camilo sube una fuerte pendiente y resbala por el lodazal que forma una pequeña torrentera de la que cae agua a borbotones. Los sabañones apenas le permiten caminar. Es un reto de cinco días por montañas salvajes, sin comida, sin agua; tan solo la mochila, la navaja, una manta, un jersey de abrigo y el instinto de supervivencia. La lluvia, casi horizontal, martillea su rostro y acrilla los cristales de sus gafas de motero. El claxon de los coches lo despiertan del trance. Mira a su izquierda, mira de frente, baja la mirada: apenas medio metro andado. Está sobre la primera línea del paso de cebra."¡Adelante!", se repite. Tap, tap, tap. Desliza el andador. Camina.

De nuevo, aparece la soledad, un tremendo frío corretea por el cuerpo. Camilo siente deslizar un trineo de nieve, los perros delante abriendo un camino de tierra congelada. Los pálidos rayos de sol marcan el aliento inquieto de los animales y se disuelven rápido en la fantasmagórica neblina. Es una buena velocidad, es el ritmo adecuado para culminar el objetivo del día: llegar al refugio. Dos jornadas de descanso le esperan antes de atacar el punto más al norte de la Tierra. El viento en contra le machaca los sentidos, el ruido del trineo sobre la nieve y el correteo de los perros se convierten en cadencia cansina y repetitiva. Permiten a Camilo dormir sin estar dormido, soñar estando despierto. Uno de los cuatro perros trastabilla. ¿Cansancio? ¿Accidente? Cae. Otro más tropieza y el trineo vuelca con toda la carga. Camilo sale despedido contra un montículo de nieve. Inmediatamente se levanta. Corre a auxiliar al perro malherido y escucha una voz: "¿Está bien?" Alguien le toca el hombro. "¿Le duelen las piernas?" Percibe las palabras muy lejanas. "¿Puede caminar?" Parecen que se van acercando. Camilo abre los ojos y descubre a un hombre sobre una bicicleta. Al fondo, una larga fila de coches. Los conductores observan. Están de pie fuera del vehículo. Las piernas le tiemblan. Su cuerpo es un continuo vaivén a izquierda y derecha. "Claro que sí", contradice Camilo. "Mejor que nunca. No necesito ayuda". Avanza casi medio metro de un solo golpe. El andador parece haber recobrado vida. El ciclista se va: "¡Ánimo, abuelo! Que ya

queda poco". Dos pasos más. Camilo escucha el tap, tap, tap en la cabeza. "¡Adelante! No desfallezcas".

Como piernas de elefante desenraizadas del suelo avanza el cuerpo de Camilo en busca de la isleta que divide el cruce de la calle en dos mitades perfectas. Está a poco más de dos metros de conseguir su objetivo. A partir de ahí, un largo descanso. Echa la vista atrás. Dos metros recorridos a su espalda. Vuelve a mirar hacia delante y cree ver una cuerda que se desliza por un guante de cuero dejando caer un duro peso. Luego, cuatro pares de manos dejan escurrir las cuerdas sobre las que balancea lento el ataúd de su mujer. Camilo coge un trozo de tierra húmeda y negra, la deja caer sobre el agujero oscuro. Los cipreses delante de la tapia de color blanco son abofeteados por el fuerte viento. Remueve a placer una bandera de los EEUU y los cabellos de todos los presentes en el cementerio. Las lágrimas cubren los ojos de Camilo y la escena se transforma en una visión acuática. Las ramas de los árboles son algas marinas, el pelo de las mujeres: patas de pulpo. El ataúd parece ondear con un suave y sutil bamboleo. Y aparecen peces: extraños, feos, bizarros, abisales. Se sumergen en una oscuridad de fondo de mar con la linterna colgando de sus cabezas. Muestran unos afilados dientes en busca de presas con las que solucionar su hambre voraz. Camilo relajado, flota y deja su cuerpo expandirse boca abajo. Acaricia con ternura la bola de luz de uno de los peces como si arrullara a un gato obediente. Observa su mano. Es huesuda, con miles de manchas de color marrón y las venas de color azul marcando los caminos de la sangre. El movimiento es ligero. Adelante y atrás. Manosea, ahora, el cabello de un niño de unos seis años agarrado a la mano de una madre: "¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda?", dice la mujer confundida. "No gracias", responde Camilo, "estoy al final del camino. Un metro más y llego. No se preocupe".

"Tap, tap, tap", resuena en la cabeza de Camilo situado ya en la isleta central. El horizonte es la gran pared de un edificio blanco que se levanta al borde de la otra acera. Es el remate a su gran día, es el sitio donde descansar para volver a la residencia y finalizar la aventura. "Siempre hay un momento para mejorar. Si no, ¿qué nos queda? Es nuestro sino. Avanzar y avanzar. Descanso. Repetir la acción, repetir el mantra: ¡Adelante! El último paso: la meta".

Retoma las maniobras. El golpecito de las gomas contra el asfalto, el giro lento de los ruedines, el leve desgaste del suelo, "disfrutar de este mundo y de la vida hasta las últimas consecuencias". Un paso, dos pasos, tres pasos sobre la calzada y por fin llega a la acera frente al edificio blanco. Cae de rodillas sobre las baldosas hexagonales. Camilo alza los brazos. Ha triunfado, ha sido el primero. Dos jueces le ayudan a levantarse del suelo. El estadio se convierte en un clamor de aplausos y vítores. Las rodillas de Camilo hierven en sangre, los huesos están rotos y no puede sostenerse en pie. Dos enfermeros lo aupan en volandas. "¡Déjenme en el suelo, por favor! Sé que puedo caminar, lo haré solo, siempre lo he hecho solo". "Aguanta Camilo", responde un

enfermero, "te curaremos las heridas". "No necesito curar mis heridas. Mi cuerpo responderá como siempre. Mi mente me defenderá, es lo más poderoso de mi sistema".

Camilo siente el cuerpo apagarse, el dolor de su corazón es más fuerte que el de los huesos rotos. Tiene ganas de llorar porque ve la luz de frente, la luz blanca del sol que lo cobija en un último y agradable abrazo.

"El cielo es azul. El sol luce claro y despejado, da calor. Como muchos días, como mis mejores días; y hoy es —hoy podría ser— el último: el mejor día de todos mis días. A partir de aquí, nada más. El resto, ¿qué más me da?".

JB 2016